

¿Dónde está el centro?

El discutible “centrismo” de un escritor singular

José Hernández Polo

Se cumple este año el centenario de la muerte de Henry James. Narrador de gran sutileza psicológica y constructor de escenarios complejos, ha sido tachado con frecuencia de cierto grado de frívola ambigüedad, de observador equidistante. Falta la moraleja: ¿es eso lo que nos molesta?

Hay quienes afirman que, puestos a elegir, mejor es el centro que los extremos. Parecen encontrarse más cómodos en él, bien rodeados, y según creen, más defendidos. Agregan que desde el centro se observa mejor el derredor, eso que el hermoso localismo aragonés llama la redolada. A mi entender, el lugar para mejor contemplarlo todo es el exterior, desde fuera, más si es posible hacerlo encaramado en una atalaya. Teniendo en cuenta, además, que, entre el centro y los extremos hay un espacio, que sería erróneo desdeñar, nunca vacío, donde suceden cosas, donde se mueve, variopinta, la vida y se nos revela su insondable riqueza. Tal visión centrista no pasa de ser una simplificación superficial. El centro es, en definitiva, sinónimo de inmovilidad, de pereza, de rechazo de toda participación. Cabe preguntarse qué es eso de que «en

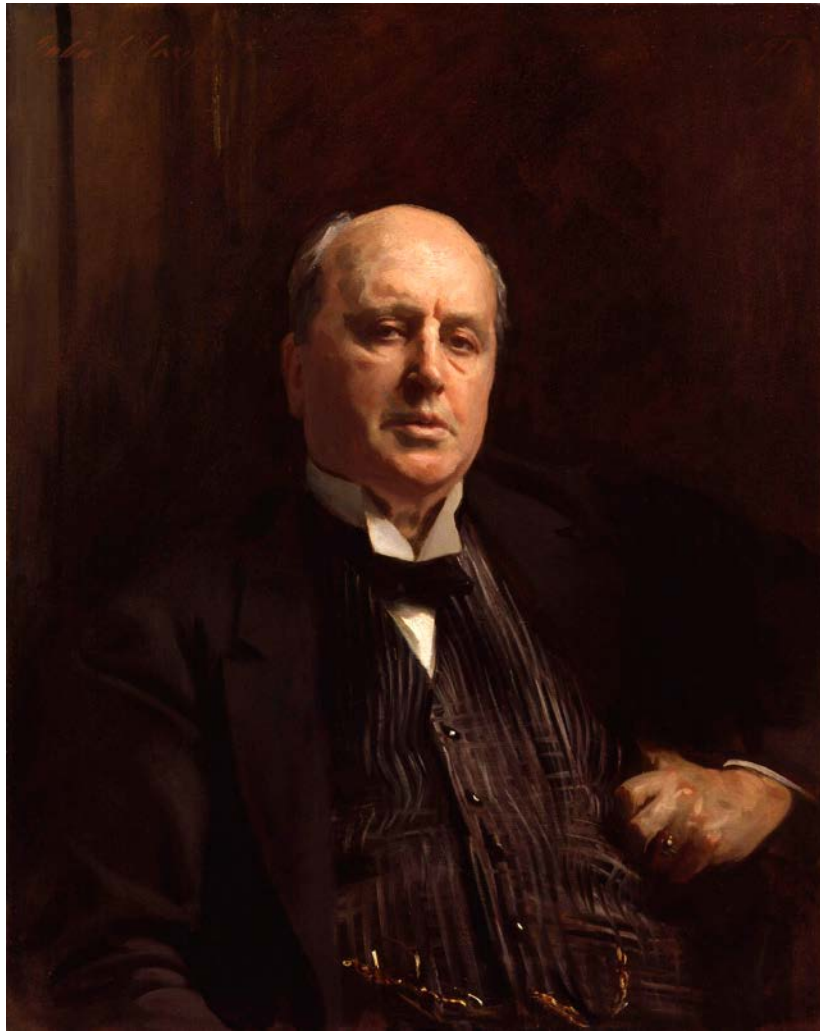
el justo medio está la virtud». Hay que ser muy crédulo y frívolo para concluir que puede haber virtud en el estatismo y en la indiferencia.

“ Se confunde el centro con la moderación; olvidando que, para ser moderado, hay que tener algo previo que pueda moderarse. ”

En este sentido, permanecer abroquelado en el centro es, para mí, colocarse por debajo de la Historia, no intervenir nunca en ella, dejar que todo, aun lo que a mí atañe, lo manejen otros. A menudo, sobre todo en política, se confunde el centro con la moderación; olvidando que, para ser moderado, hay que tener algo previo que

pueda moderarse. La derecha o la izquierda pueden sin duda hacerlo; pero el centro no posee nada susceptible de ser moderado, nada hay en él.

Aunque parezca al margen de la digresión anterior —es posible revelar el lazo, ahora poco perceptible—, hay dos vías que conducen, partiendo de ella y derivando por ámbitos literarios, al escritor norteamericano Henry James y su obra. La primera es el parecer de muchos, que ven en él un ejemplo de cierta serenidad objetiva, de indiferencia de mero observador; pretendiendo por ello mostrarle como prototipo del tópico de hombre de centro. La segunda, menos susceptible de discusiones, el hecho de que, en este año, se cumple el centenario de la muerte de un literato cuando menos singular y muy digno de ser recordado. En mi juventud, un grupo de amigos aficionados a



Retrato de Henry James (John Singer Sargent)

la lectura nos reuníamos muchas tardes en el Ateneo madrileño e intercambiábamos opiniones sobre libros y en torno a lo que entonces creíamos hallazgos de interés rondando lo insólito y afortunado. Un tanto cansados de algunos iconos de entonces —cito como ejemplo aquella adoración fanática por Valle Inclán, conocido y nombrado solo por *Valle*, como queriendo expresar una confianza que todos tomaban por igualitaria y les hacía merecer, ignoro a ojos de quién— y desechada ya la moda de Hermann Hesse, cuyo *Demian* era obligatorio haber leído, cada cual llegábamos con algún autor desdeñado y escasamente conocido a la sazón. Podía tratarse de Sandor Márai y su novela *El retorno*; o el descubrimiento de Miguel Villalonga, oculto tras el renombre de su hermano Lorenzo, con su divertida *Miss Giacomini*.

Alguno de nosotros acudió una tarde con *Los europeos*, *Las alas de la paloma*, *El expolio de Poynton* o alguna otra de un autor del que apenas teníamos noticia. Nos pusimos a buscar libros suyos y a leerlos con avidez. Nos atrajo y continuamos explotando lo que suponíamos tesoro escondido. En general, nos pareció ambiguo, delicuescente, frío observador y hábil en escudriñar vidas en apariencia frívolas y ajenas. Le tachamos de lo que menos podía servirnos de acicate: hombre de centro, sin tomar partido. A ninguno de nosotros nos convenía esa forma de situarnos en la sociedad, acaso porque no nos dejaban ensayar otra. Sometidos como estábamos a un extremo, no concebíamos sino el extremo contrario como ruta de salvación. Téngase en cuenta que faltaban aún muchos años para que la llamada transición —¿o fue solo «transacción», simple pasteleo

de urgencia?— consagrara aquel centrismo que la caracterizó, tan dudoso y arrogante.

“ muchos ven en H. James el prototipo del tópico de hombre del centro. ”

Olvidé aquello; ignoro lo que harían aquellos compañeros y amigos después. Pero yo incorporé a Henry James y lo hice uno de mis preferidos. Me cautivó, pese a parecer su estilo en ocasiones desflechado, incluso despreocupado y como si jugara; aunque para hacer comprender esta faceta, recuerdo que Somerset Maugham decía: «el escritor tiene que ser jugueteón y serio al mismo tiempo». Nada de ello impide que, apta para ser percibida o no, según el lector, comprendamos que

hay en James una personalidad nada variable, fiel a sí misma, aunque disfrazada a veces de un convencionalismo del todo engañoso. En este disfraz consiste precisamente la sensación de juego y la sutileza que se evidencia en su particular forma de describir escenarios y en la maestría de sus abundantes diálogos plagados de intenciones, que van conduciendo al lector hasta hacerle llegar a conclusiones que distan de la superficialidad y tratan en realidad de algo siempre más trascendente de lo que parece decir. Solo un gran escritor es capaz de esto, de esa seguridad: nunca sus personajes se le van de las manos. Siempre los domina.

Es lógico que la refinada y, a la vez, intrincada forma de concebir y de escribir de Henry James ha dado lugar a que se haya escrito mucho sobre él y que las opiniones sean con frecuencia opuestas o equívocas adrede. Joseph Conrad considera que su obra puede compararse a «un río majestuoso». Estoy de acuerdo: se escucha, al leerlo, como el fluir de una corriente inefable, acompasado y, a la vez, armónico y majestuoso, pleno de sutilidades exquisitas; sensación semejante (yo, al menos, lo he sentido así en ocasiones) a la de ciertos temas de la música de Mozart, como confirmación acaso de aquellas inteligentes «correspondencias», tan gratas a Baudelaire. James, agrega Conrad, «es el historiador de las conciencias refinadas». Un historiador que «jamás intenta lo imposible». Esa exquisitez aludida líneas arriba hacía a T.S. Eliot concluir, no sin algo de mala intención: «James está enamorado de balaustradas de mármol». Pero las balaustradas de mármol le servían de algo más que de simple apoyo, tal vez le servían para conservar aquel equilibrio tan peculiar de su prosa. Thomas Hardy, al parecer no muy amigo

de su obra, trataba de enmascarar así su evidente desdén: «Los temas de James son aquellos en que uno podrá interesarse en momentos en que no hay nada más amplio en qué pensar». No es posible dejar de percibir un cierto husmo de envidia. Por su lado, Italo Calvino asegura que gran parte de la obra de James es menester entenderla «bajo el signo de la elusividad, de lo no dicho». Y no me resisto a traer a colación la escueta frase, un tanto sibilina y oscura, que dedica Josep Plá a una de las novelas más conocidas del americano, *Washington Square*: «es un tanto amarillenta, pero de gran calidad». Ya es sabido que Plá solía ser expeditivo y hasta seco al opinar de escritores que ninguna semejanza tienen con él.

“ hay en James una personalidad nada variable, fiel a sí misma, aunque disfrazada a veces de un convencionalismo del todo engañoso. ”

Los prefacios que James incluye en muchas de sus obras son esclarecedores de su modo de hacer; a veces, explican mejor a sus personajes. En uno de ellos, el que precede a *La edad ingrata*, dice que a su desarrollo no le falta nada salvo –reconoce– una «competente asimilación de su moraleja». Descubrir esta es, en fin, tarea del lector. Se defiende así de su propio sentimiento de saberse ambiguo y, a la postre, incompleto. Admite que esta obra, como otras de sus novelas largas, nació para ser breve, pero, en el curso de la escritura, fueron agregándose elementos hasta terminar siendo «relativos mamotretos». La semilla del futuro relato puede haber sido un detalle incluso nimio, una momentánea inspiración, «semilla

chiquita –dice-, pero matona». A la que también llama *germen*. En el prefacio a *El expolio de Poynton*, explica que ese germen fue «una simple partícula flotante en el curso de una charla». Una suerte de inspiración que llega a sustituir a las ya tópicas y desacreditadas musas.

Acaso en esto último resida el fundamento de mi preferencia por sus novelitas cortas sobre las largas, sometidas estas a cierta esclavitud de virtuosismo que en ocasiones desemboca en repetitivo, incluso un poco agobiante, con exceso de vueltas y revueltas. Los relatos breves resultan de mayor intensidad, dan la impresión de profundizar más, empujado por la necesidad de lo que quiere; la falta de extensión se traduce en mayor coherencia, abandona el exceso de complacencia en conseguir elegancia y exquisitez. Parecen haber sido escritos con deleite, con gozo, se ve al autor más a gusto, más divertido: *En la jaula, La lección del maestro, La vida privada, La figura en la alfombra, Un peregrino apasionado, La leyenda de ciertas ropas antiguas, La edad madura, La casa natal, La muerte del león*. Y otras. Por ejemplo, la espléndida novelita corta *Daisy Miller*. O los magistrales cuentos de fantasmas, que podrían creerse hijuelas de la más larga y modélica *Vuelta de tuerca* si no fueran válidos por sí mismos; incluso alguno de ellos, *El alquiler del fantasma*, donde no hay espectro alguno.

Hace cien años que James murió en Londres. Nos dejó un mundo distinto, imaginario, original, delicado, contradictorio, distinguido. Una obra volver a la cual es siempre estimulante y atractivo. Y queda tanto por decir de ella y por disfrutarla.